



## Los pescadores artesanales en Arica (norte de Chile) Itinerancias etnográficas en torno a la crianza de la mar

Artisanal Fishermen in Arica (Northern Chile)  
Ethnographic itinerancies about sea breeding

**Francisca Urrutia Lorenzini**

Departamento Antropología, Universidad de Tarapacá (Arica, Chile)

[solinaria@gmail.com](mailto:solinaria@gmail.com) <https://orcid.org/0000-0002-4153-8400>

Role: conceptualización, escritura del original

### RESUMEN

Se propone describir en intensidad el modo de vida pescador y recolector en la Caleta de Arica. A partir de ciertas ecologías de prácticas y tecnologías de vinculación, abordamos las vivencias heterogéneas que entretienen un entorno siconatural distintivo, compuesto de múltiples existentes y sus respectivas relacionalidades. Se incorporan clasificaciones propias y conocimiento experto sobre el maritorio y la crianza en la mar, ya sea en cuanto a quehaceres e interacciones, como en términos analíticos y comparativos. Asimismo, se exploran los aspectos políticos de la memoria social y la dimensión histórica de las tradiciones culturales costeras, auscultando la experiencia del pasado en las materias del presente y viceversa. Subyace, pues, una reflexión sobre la habilidad de la etnografía para poner en relación mundos diferentes en permanente y mutua reconfiguración.

**Palabras clave:** maritorio, ecologías de prácticas, tecnologías sociales, lenguajes políticos, etnografías relacionales.

### ABSTRACT

It is proposed to describe in intensity the way of life of fishermen and gatherer way of life in the Caleta de Arica. From certain ecologies of practices and of bonding practices and technologies, we address the heterogeneous experiences that weave a distinctive that interweave a distinctive socio-natural environment, composed of multiple existing of multiple existences and their respective relationalities. We incorporate our own classifications and expert knowledge about the maritorio [sea-territory] and the upbringing at sea, either in terms of the in terms of tasks and interactions, as well as in analytical and comparative terms. comparative terms. The political aspects of social memory and the historical dimension of cultural traditions are also explored. and the historical dimension of coastal cultural traditions are also explored, examining past experience in the present experience of the past in the matters of the present and vice versa. Underlying, then, is a reflection on the ability of ethnography to ethnography's ability to relate different worlds in permanent and mutual reconfiguration. different worlds in permanent and mutual reconfiguration.

**Keywords:** sea-territory, ecologies of practices, social technologies, political language, relational ethnographies



## CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

El presente trabajo surge a partir de un terreno en la Caleta de Arica, durante octubre de 2016, enmarcado en un proyecto arqueológico sobre el rol de los animales a lo largo de los Desarrollos Regionales en Arica (FONDECYT 1151046), considerando abordajes etnográficos respectivos en paisajes de costa, valles, quebradas y puna. A su vez, esta actividad fue programada como instancia de formación para los estudiantes de arqueología de la Universidad Alberto Hurtado, dentro de la cátedra de Etnoarqueología dictada por Victoria Castro. En concreto, constó de una campaña colectiva de dos semanas compartiendo diariamente con buzos y pescadores artesanales, participando en conversaciones y ajetreos, así como aprendiendo sus técnicas, explicaciones y entramados. Ahora bien, este escrito se decanta a partir de otro proyecto arqueológico en curso (FONDECYT 1221166) que busca entender la relación simétrica entre plantas, animales y humanos que durante miles de años fue transformando y componiendo sociedades andinas en Tarapacá, con trayectorias heterogéneas y compartidas, a partir de interacciones diversas y crianzas mutuas. El propósito de esta narración se enfoca en el ámbito costero para entender materialmente cómo se despliegan ciertas ecologías de prácticas y tecnologías de vinculación con el entorno siconatural costero, incorporando la propia dimensión histórica encarnada en las tradiciones culturales que han dado vida a este modo relacional distintivo.

La Caleta de Arica está inserta en el Terminal Pesquero emplazado en el Puerto de esta ciudad. Se trató, pues, de un ejercicio etnográfico en un contexto investigativo y pedagógico; al mismo tiempo que situado en momentos tensionantes entre los pescadores y sus sindicatos ante el panorama de la Ley N° 20.657 de Pesca y Acuicultura, redactada por los propios empresarios pesqueros que seguía aún en vigencia, pese a que los tribunales de justicia habían dictaminado sanciones e incluso cárcel a políticos y funcionarios involucrados. Dicha contingencia hace más evidente cómo los estudios sobre el pasado, así como las propuestas de futuro, se construyen siempre desde nuestro presente. Hay que entrelazar en el registro etnográfico no sólo la peculiaridad del modo de vida pescador y recolector, también se nos exhorta a ligarlo con escalas cada vez más amplias de interacción y a proponer ensamblados que entretejen una multiplicidad creciente de existentes.

Al respecto, la realización de este escrito constituye un humilde homenaje a la profesora Victoria Castro, cuyas investigaciones y colaboraciones de variada índole se caracterizaron por incluir la etnografía en todos sus abordajes. Este sello etnográfico le comportaba poner en una misma relación las ideas científicas con las formas de actuar, pensar y sentir de las comunidades, desentrañando la propia ciencia indígena (Castro, 1988, Villagrán y Castro, 2004). En sus trabajos hay un énfasis en la divulgación de los quehaceres científicos, un compromiso responsable donde la teoría se nutre con la práctica y viceversa. Su aproximación etnohistórica y etnoarqueológica (Castro, 2009, 2016) incorpora diferentes estrategias y perspectivas etnográficas para acceder a la comprensión de modos de vida distintivos; los que involucran mundos diferentes por los que transitan hombres y mujeres andinas, denotando historicidades y epistemologías propias que enriquecen los estudios sobre el pasado desde el presente.

En este sentido, el legado de Victoria nos inspiró y animó a escribir sobre los entornos siconaturales costeros, descentrando la continentalidad de mis trabajos sobre el mundo andino y zambulléndome en la mar con traje etnográfico. La Caleta de la ciudad de Arica, considerando las dinámicas propias



de una capital regional fronteriza, hace palmaria la existencia de mundos distintos en interacción bullente, por ende, es preciso tomar en cuenta la complejidad tanto interna como externa en la que se desenvuelven diariamente pescadores y buzos. Se trata, pues, de un ejercicio exploratorio que requiere ser complementado y profundizado a futuro con investigaciones históricas, además de campañas etnográficas sostenidas; así como también resultaría interesante reflexionar en torno al quehacer pedagógico y la formación de profesionales en la contingencia del trabajo de campo. Nuestro propósito, por ahora, es comprender a partir de observaciones y relatos testimoniales cómo las personas de la caleta plasman materialmente la vinculación con el entorno marítimo costero a partir de prácticas y taxonomías propias, reconociendo en dicho entrelazamiento un modo de vida que se reproduce tanto por la dimensión histórica de sus tradiciones socioculturales, como por los ajustes y adaptaciones a la sociedad regional y nacional. En corto, se pretende abordar desde el actual norte chileno una determinada forma de habitar y pensar el “maritorio” (Álvarez et al., 2019, Skewes et al., 2012; Ther, 2011).

Este vocablo está muy arraigado en el habla cotidiana de pescadores y buzos de la caleta, quienes aluden constantemente al maritorio para dar cuenta de su particular modo de vida. Este concepto fue acuñado en la literatura académica a inicios de 1970 en referencia a situaciones visibles en el archipiélago de Chiloé (sur de Chile), brindando un contrapunto a la economía extractivista implementada de manera creciente en el borde costero (Álvarez et al., 2019). El término se asocia a un modelo consuetudinario, apreciable desde diferentes escalas y reconocible identitariamente, que hoy reacciona de manera traumática ante el modelo de desarrollo hegemónico (Skewes et al., 2012). El maritorio, entonces, remite a una transicionalidad donde la presencia marítima se confunde con la terrestre de manera intersticial y las actividades humanas demuestran comportamientos relacionales, generando una biografía colectiva expresada materialmente (Álvarez et al., 2019). Esta transicionalidad desnaturaliza la separación mar y tierra que opera en los hábitos dicotómicos del pensamiento moderno. En cambio, nos sumerge en la fluidez, hibridez y yuxtaposición de los procesos socioambientales y socioculturales, otorgándole reconocimiento a un modo de ser local que es pasado y presente, al mismo tiempo que establece sus propias futurizaciones (Ther, 2011).

La pesca artesanal implica un modelo consuetudinario que se caracteriza por relaciones especulares tierra-mar, flexibilidad y movilidad en torno a la mar como matriz de sustento, división del trabajo tanto social como estacional, junto con prácticas de asociatividad prevalentes que permiten regular el acceso mediante aspectos normativos y religiosos-rituales (Skewes et al., 2012). Las transformaciones ocurridas hacia finales del siglo XX gravitan de modo decisivo sobre el patrón de uso consuetudinario de los espacios costeros y se ligan directamente a la apertura de mercados que movilizan la fuerza de trabajo asalariado hacia la exportación de recursos marítimos (Ther, 2011). Lo cual ha repercutido en la desvinculación creciente de los distintos componentes del modelo consuetudinario, junto con los desplazamientos de poblaciones tanto locales como extralocales, además del empobrecimiento de la mar producto de su explotación indiscriminada y la contaminación que acarrea la actividad industrial. Asimismo, la disociación mar-tierra va aparejada con una tendencia a privatizar la vinculación con el medio, encapsulando áreas dominadas bajo formas legales y materiales de propiedad. También se observa una dependencia creciente al trabajo asalariado, variaciones en la dieta y la cosmovisión, una mayor conflictividad social, así como una



percepción anclada en el agotamiento de recursos debido a malas prácticas que apuntan sobre todo a la industria pesquera y se replican al interior de las comunidades locales (Skewes et al., 2012).

En consecuencia, nos mueve el abordaje etnográfico desde maritorios nortinos para visibilizar modos de habitar y comprender el mundo, muy distintos al modelo extractivista y las regulaciones públicas que favorecen el despliegue de intereses puramente comerciales, buscando proponer orientaciones que contribuyan a la sustentabilidad de los espacios vitales costeros (Álvarez et al., 2019). Las relaciones de poder están en la base de lo que se conoce como ecología de prácticas y tecnologías sociales de pertenencia (Stengers, 2005). El equilibrio ecológico, en tanto producto histórico según posiciones diferenciales de vinculación entre grupos humanos (Skewes et al., 2012), se tensiona desde las tradiciones costeras como flujo constante y recursivo entre una multiplicidad de potencias y seres. El maritorio está ligado tanto al tiempo como al espacio y su abordaje etnográfico nos habilita a darle importancia plena a las múltiples maneras de ser con la naturaleza (Despret, 2022), donde la crianza de la mar comporta historias y performatividades abigarradas como un sinnúmero de aventuras de vida posibles.

## **ETNOGRAFÍA COMO FUENTE TEÓRICA Y ENSAMBLADO RELACIONAL**

Los registros etnográficos intercambian y superponen tiempos prehispánicos con remembranzas coloniales y reensamblados contemporáneos, generando analogías relacionales entre prácticas y narrativas que proceden como ventilación teórica de nuestros esquemas analíticos y obligan a cierta ética en torno a la praxis investigativa (Nahuelpán, 2013; Rivera Cusicanqui, 2018). El colonialismo es quitar al otro la capacidad de incidir e interactuar en el presente de acuerdo con sus propias potencialidades históricas y epistemológicas para abandonarnos en la ilusión de habitar un mundo fijo donde la realidad ya está dada. La teoría etnográfica se sostiene en la práctica del estar ahí que nos habilita para articular y entender la diferencia (Hicks, 2016; Katzer, 2018; Medrano, 2022). Se entiende como tejido capaz de urdir simetrías con performatividades y narrativas que han sido subordinadas y subalternizadas, propiciando la circulación continua del conocimiento para que sea fértil y movilizador (Urrutia, 2022).

Con ello se propone ir más allá de nuestros esquemas mentales y dicotomías modernas para ensamblar la multiplicidad de agencias y actantes que intervienen en cada entramado de naturaleza-cultura (Latour, 2008). Las complejas y densas relaciones entre seres humanos y no-humanos componen “paisajes culturales” (Castro, 2002) y “topografías sociales” (DeLanda, 2006), tan diversas como dinámicas. También supone encarar etnografías de la propia modernidad y del estado que tomen en serio la divergencia y la hibridación en los bordes (Latour, 2007; López Caballero, 2017). Por su parte, el concepto supermodernidad (o hipermodernidad) permite dar cuenta de los aspectos intensificados del proyecto moderno, resaltando su lado oscuro y contradicciones (González-Ruibal, 2008). Se observa un proceso creciente de hibridación, poblado de cuasi objetos y cuasi sujetos que constantemente desavienen las divisiones sobre las que se erigió la constitución moderna, generando sentimientos de desencanto y sinsentido (Latour, 2007). Estos híbridos pueden ser descritos como monstruosos, con escalas que van desde lo macro y lo planetario hasta lo micro y lo nano. La principal característica de la materialidad supermoderna es el exceso distribuido irregularmente, ya sea en términos de una proliferación de cosas como sucede



en los centros industrializados, o de una privación de ellas como en el caso de bordes y periferias (González-Ruibal, 2008).

El relato escrito en sí mismo constituye el laboratorio de experimentación antropológica y sociológica. La etnografía, específicamente, decanta el trabajo de ver en acción redes que son a la vez sociales, narradas y vitales (Latour, 2007, 2008). Estos ensamblajes o entramados también pueden aprehenderse en tanto ecologías de prácticas entre mundos diversos, cada cual poblado de múltiples existentes, donde las relaciones de poder se despliegan en tecnologías sociales de pertenencia que asumen la co-existencia y el co-devenir, entre personas humanas y no-humanas, como un hábitat de prácticas (Stengers, 2005). Se trata de fuerzas y flujos que desestabilizan el punto de vista de dominación y sometimientos, en cambio, se sitúan conforme lo que son capaces de hacer, pensar y sentir distintos participantes en determinadas circunstancias; se sostiene en la crianza mutua y sustenta el desafío de la diplomacia cosmopolítica, donde el ritual está en el centro de lo político y tecnológico (Stengers, 2005, 2014).

La filosofía práctica andina, también, define poder y orden según flujos de fuerzas, siendo la expresión de cierta potencia lo que constituye a personas y colectivos, no al revés, quienes deben seguir pautas y ceremonias de reciprocidad para asegurar que los intercambios sean provechosos para todos (Arnold, 2016, Cavalcanti-Schiel, 2007). Es preciso tomar en serio los bordes, donde se afirma la divergencia entre partes discordantes y se manifiestan visiones distintivas del acuerdo entablado, siempre provisional. Allí se ejerce un poder transformativo generado por conmemoraciones y comunicaciones rituales que entrelazan pertenencia y devenir. El problema de cada ecología de práctica, en cuanto a aquello que la distingue de otras, es cómo nutrir su propia fuerza sin perder la capacidad diplomática para actuar en los bordes y distinguir su particularidad a la vez; una herramienta para pensar que co-produce a quien la está pensando (Stengers, 2005).

Dice la máxima deleuziana que explicar más es entender mejor. Ahora bien, a la etnografía no le compete explicar al otro para reducirlo a nuestras explicaciones modernas occidentales, más bien nos conmina a multiplicar nuestro mundo y honrar la emergencia de una infinidad de maneras de ser (Despret, 2022). Así pues, nos interesa plasmar una descripción densa sobre cómo la gente de la caleta define su particular modo de vida, incorporando las explicaciones propias respecto a la formación de grupos distintivos y la mirada de relaciones que dan forma a esa distintividad. Al mismo tiempo, las vivencias en estos paisajes persistentes asisten nuestra comprensión y percepción del conjunto de naturalezas y culturas entrelazadas. Estar ahí, sin duda, ventila nuestros equipamientos sociales y analíticos. Nos pone en contacto con diversos existentes, materiales, gestualidades y sensorialidades que otorgan su impronta a las dinámicas sociales de cada lugar, revistiendo representaciones e imaginarios de diferencia expresados y materializados; a la vez que interpelan vinculaciones de todo tipo con la sociedad mayor y los contextos globales en los que se asienta la realidad local. Hay en ello una búsqueda para entender y expresar el juego relacional que urden los pescadores y buzos con su entorno socionatural, interpellando la divergencia creativa entre lo que se mantiene y lo que muta en provisoria multiplicidad, siempre reverberante de cambios y potencialidades aún sin actualizar. La Caleta de la ciudad de Arica nos embarca en el desafío de proponer miradas etnográficas al estado y la supermodernidad, a la par que describimos ecologías de prácticas y tecnologías sociales de los oficios artesanales con la mar y cómo los distintos seres se dejan criar por ella.



## MARITORIO Y MODO DE VIDA COSTERO

El modelo consuetudinario y el carácter identitario que despliegan las personas de la caleta no operan bajo cánones esencialistas, sino que procede bajo una profunda vinculación mar-tierra (Álvarez et al., 2019; Skewes et al., 2012; Ther, 2011). En general, según trasuntan prácticas y entendimientos locales, los oficios del mar no se traspasan necesariamente de padres a hijos, es decir, no proceden únicamente de genealogías consanguíneas con determinados lugares, o de una lógica de parentesco adscrita a grupos y familias allí residentes. También su potencia puede expresarse en personas inusitadas y paisajes desacostumbrados. Aunque, como es de prever, existen muchos casos en que se resalta ser “ariqueño neto” o remontar hasta los abuelos su ligazón con “la mar”. Pero esta clase de alocuciones nunca excluye, en cambio, incorpora y puntualiza otras posibilidades de herencia o familiaridad. En este sentido, “nuestro modo de vida, como pescador y recolector, está en el gusto de la persona” (Miguel Ángel, pescador y portero de la caleta). Frecuentemente, se manifiesta a corta edad a partir de la complicidad con la mar y la satisfacción de vivenciar con profundidad creciente las diversas potencialidades que ofrece. Este gusto o satisfacción pareciera que se entiende conforme con una existencia social abigarrada en las sensorialidades, los imaginarios y las vinculaciones que se despliegan entre grupos y habitantes del paisaje costero.

La experiencia te va dando el conocimiento. Donde hay mucha alga no hay peces; y donde no hay alga y se presenta roquerío, allí hay peces, porque las rocas son su defensa. Los peces son inteligentes, te ven con varilla y se van, pero cuando andas sin nada se ponen al lado tuyo. Mientras vas cazando vas aprendiendo. (Hernán, buzo cazador y pintor)

No hay duda que las personas expertas participan en la crianza, sin embargo, esta forma de habitar surge y se moldea principalmente a través de la convivencia y el aprendizaje con los distintos existentes y las múltiples sensualidades que pueblan el mundo regado por la mar. La gente de la caleta habla de “maritorio” para aludir a topografías y políticas que pormenorizan al océano en sus cotidianidades, así como la crianza de la mar en sus modos de vida. Es así que el carácter identitario de los pescadores, el sentido de grupo que expresan y recrean, no sigue principios biologicistas o fundamentos sustancialistas; al contrario, sus definiciones emanan a partir de las vivencias en torno a un hábitat particular, las actividades realizadas en sus contornos y la memoria colectiva allí engarzada. Sus esquemas incorporan la heterogeneidad de dinámicas sociales en un maritorio cargado cultural y políticamente, proclive a transformaciones de diversa índole. Si bien se reconoce y se distingue la experticia de aquellas personas que han nacido en estos lugares, o de quienes provienen de familias con varias generaciones de pescadores; estas realidades no restan la posibilidad que gentes de otros lugares y procedencias puedan llegar a ser tan avezados como aquéllos antes reseñados.

Considerado lo anterior, en la caleta conviven distintas personas que viven de la mar, quienes encarnan una diversidad de vínculos y actualizan la memoria histórica de sus prácticas. Los pescadores y buzos mayores se sientan en las bancas o deambulan por los contornos de la caleta; algunos llevan más de cuarenta años de oficio, por tanto, son respetados y reconocidos en medio de la convivencia con actores y agencias múltiples. Junto con ellos, también se detentan oficios ligados al arreglo de redes, cámaras de frío y aperos diversos, así como a los trabajos de mantención





y reparación de las embarcaciones en el aserradero. Respecto a las redes, éstas ya no se tejen, pues se compran elaboradas industrialmente; eso sí, persiste el oficio de repararlas, volviendo a tejer y anudar allí donde se malograron después de la faena. Varios de los pescadores saben de estos oficios, aunque hay quienes se han especializado en hacerlo. También hay estrechas relaciones con los comerciantes del terminal que se encargan de la venta y demanda de productos. De esta manera, en la caleta se comparte el ajetreo de los avezados y de quienes empiezan los distintos oficios, los protagonistas y los que interactúan de manera más indirecta, vinculando los variados ámbitos en que se desenvuelve la existencia social. Todo esto en constante relación de fuerzas entre la industria pesquera neoliberal y las tradiciones culturales ancestrales, la masificación de los medios digitales y las dinámicas urbanas en los bordes, los nacionalismos y los contextos económico-políticos cambiantes.

El marco legal vigente considera la actividad pesquera como una labor netamente comercial que es administrada de forma centralizada por Servicio Nacional de Pesca y Acuicultura (SERNAPESCA). Entre los aspectos normados por la Ley General de Pesca y Acuicultura se incluye el criterio espacial, regulado por la autoridad a partir del concepto de área de pesca, así como las cantidades y especies objetivo que pueden ser extraídas por los pescadores artesanales. Las prohibiciones y medidas de administración involucran vedas, acceso, cuota, restricción de aparejos de pesca, así como el monitoreo del tamaño mínimo legal de las especies a capturar. “Nosotros trabajamos a la milla, o sea, mil ochocientos y tantos metros que son exclusivamente de nosotros; siendo poco, ni siquiera la respetan los industriales que vienen hasta acá a tirar sus redes” (Miguel Ángel, pescador y portero de la caleta).

La pesca artesanal se realiza desde Arica hacia Vitor y Camarones. A Caleta Vitor se demora unas tres horas viajando por la costa en embarcación a motor y a Caleta Camarones casi el doble. “De Pichalo, cerca de Pisagua, hasta Ilo en el Perú, es donde se concentra la fauna marina de toda esta parte del litoral que es Norte Grande” (Mario, pescador). En toda esta zona, las rompientes de la costa alternan con pequeñas playas y roqueríos, junto a la desembocadura de ríos que vienen desde la cordillera aportando biodiversidad al océano.

La Ley Nº 20.657 define el concepto de pescador artesanal según aquel que se desempeña como patrón o tripulante en una embarcación artesanal (menor a 18 metros debajo del largo). Si este es dueño de hasta dos embarcaciones será armador artesanal; si su actividad principal es la extracción de mariscos será mariscador; si realiza recolección y segado de algas será alguero. Por su parte, los mismos trabajadores distinguen entre pescador artesanal de orilla y pescador artesanal de altura, recolector, buzo mariscador y buzo de caza submarina. Estas actividades no son excluyentes entre sí, pudiendo una misma persona desarrollar diversas tareas al unísono.

En la Caleta de Arica, quienes practican los oficios artesanales, están agrupados en tres sindicatos, “en su mayoría son hombres, pero también habemos mujeres sindicalizadas” (Clementina, tejedora de redes). Uno es el de pescadores que también aloja los trajines del aserradero y la reparación de aparejos varios, el otro es el de buzos que alberga un casino restaurante y ofrece comida a quien desee servirse. El tercer sindicato corresponde a buzos y pescadores de Caleta Camarones; por ende, dada la centralidad a nivel regional, sus dirigentes igualmente tienen cabida en la sede ariqueña. Los sindicatos, a partir de personalidades jurídicas instituidas por el estado, constituyen los interlocutores válidos desde donde incidir en programas y normativas que les competen



directamente, para interpelar las políticas y las tecnologías de gobernabilidad impuestas, así como también para enfrentarse y negociar con el gigante industrial.

Al respecto, se aprecia cómo la industria pesquera, inscrita en el neoliberalismo económico y la supermodernidad, supone coacción y constantes dificultades para los oficios artesanales que se desarrollan en lanchas, botes y embarcaciones menores; perturbando las labores de recolectores de orilla, buzos y pescadores, así como mermando las posibilidades de su modo de vida al deteriorar seriamente los ambientes marinos. Ya que quienes se dedican a las artesanías del mar expresan y recrean un conocimiento conspicuo del entorno, desplegado tanto en habilidades técnicas como en sensorialidades abigarradas que van entrelazando la comprensión del mundo y la experiencia social a partir de afectos y racionalidades peculiares. Así, los trabajadores de la caleta se representan como herederos y continuadores del modo de vida de los antiguos pescadores camanchaca (Castro et al., 2016; Hidalgo, 2004; Muñoz et al., 2016); incluso de aquellas poblaciones chinchorro que hace miles de años atrás desarrollaron técnicas de momificación temprana y poblaron el paisaje con su agencia (Standen, 1997).

Se trata de sentires y saberes que se perciben compartidos con los oficios artesanales actuales, sin que operen necesariamente genealogías étnicas o de consanguineidad en torno a un determinado maritorio. Pese a las transformaciones históricas y las modulaciones del azar, los grupos de antaño y de hoy comparten la misma satisfacción que les brinda la mar, así como cierto modo relacional y la experticia que otorga el habitar densamente sus paisajes diversos. Todavía hoy se denomina chinchorro a ciertos tipos de pesca, uno con lienza desde la costa y otro con red bolsa, esta referencia es comúnmente interpelada como herencia de prácticas del pasado y precursora de tecnologías a gran escala. Lo atávico de su experiencia social resurge como seña identitaria que acomuna al pasado en el presente y sus avatares.

La actividad industrial realizada por los barcos pesqueros constituye la mayor amenaza al modo de vida de los artesanales y se caracteriza por procedimientos sumamente destructivos destinados a la elaboración de harina de pescado. A partir de la pesca de cerco o boliche se obtiene principalmente anchoveta (*Engraulis ringens*), caballa (*Scomber japonicus*), jurel (*Trachurus Murphy*) y sardina (*Clupea bentincki*), más toda la fauna acompañante capturada. Se cuenta que esta técnica tiene como antecedente a la red bolsa, pero aplicada a magnitudes ingentes que van desde el fondo marino hasta la superficie: “boliche es parecido a chinchorrear, pero en gigante y arrasando con todo; cuando recogen su red, hacen un lance de 500 toneladas por vez” (Fernando, buzo mariscador). Así pues, la industria pesquera se yergue como epítome de la lógica de explotación masiva de recursos, sin atender la biodiversidad y sustentabilidad de las especies; cuestiones que paradójicamente sí se le exige a la actividad artesanal, generando un hondo sentimiento de injusticia social.

El único depredador que hay hoy en día y que está en forma desmedida y que no hay un control del estado, son las pesqueras, los industriales. En Arica tienen 12 barcos, con una sola tirada sacan juntos 6.000 toneladas; aparte de eso hay 50 barcos chicos que hacen 80 toneladas cada uno, otras 3.000 toneladas más. Imagínate, es una depredación total. (Hernán, buzo cazador y pintor)





## LA PESCA DE ALTURA

Respecto a la pesca artesanal de altura que implica adentrarse en altamar sobre 10 millas, es necesario actualmente internarse entre 90 y 120 millas debido al descenso dramático en la abundancia de cardúmenes por sobreexplotación industrial y variaciones climáticas. Esto supone viajes planificados de diez a quince días que incluyen aprovisionarse de comida y agua para la tripulación compuesta de dos a tres personas, abastecerse de hielo para la conservación de la cadena de frío, además de enfibrar la lancha, alistar los aparejos y preparar el equipo de navegación (ecosondas, navegador y brújula). El conocimiento adquirido permite responder a fallas del equipo y navegar en sintonía con la mar, siguiendo sus propios indicadores y encomendándose a fuerzas espirituales.

Las lanchas a motor que, en su gran mayoría son naranjas, tienen capacidad para una tonelada y media (mientras que la de los barcos pesqueros tienen de 100 a 500 toneladas cada uno). Las especies objetivo de la pesca de altura son albacora (*Xiphias gladius*), bacalao (*Dissostichus eleginoides*), palometa (*Parona signata*), marrajo (*Isurus oxyrinchus*), tiburones cola de zorro (*Alopiidae*), marlín o pez vela (*Istiophorus* spp.), azulejo (*Prionace glauca*), atún (*Thunnus* spp.), pez aguja (*Belontiidae*), pez sol (*Lepomis gibbosus*), pez luna (*Mola mola*) y blanquillo (*Prolatilus jugularis*), cuya búsqueda es orientada por la temperatura de las aguas. “Cuando uno va navegando tiene que ir viendo. Se mete un termómetro al agua para ver cómo está, uno siempre tiene que ver que el agua esté tibia, no muy helada, lo ideal son 20º, y ahí se tira la línea y al tiro se tira sangre, ahí al tiro atrae” (Miguel Ángel, pescador y portero de la caleta). Los dueños de las lanchas son armadores, evidencian cierta estratificación social en cuanto a mejores condiciones económicas y capacidad para contratar a otros pescadores.

El viaje para llegar a la zona de pesca demora unas quince a veinte horas y zarpan antes del amanecer. En la inmensidad del mar absoluto los sentidos se agudizan, “sientes hasta el aleteo del pájaro que vuela en silencio” (Alejandro, pescador). También se ven ballenas, delfines y tortugas.

“Nosotros navegamos con las ballenas, las ballenas jorobadas andan en cardúmenes de 30, 40 ballenas. No hacen daño, es mentira que te atacaron, porque ella siente la bulla de la embarcación y arranca. Lo peligroso es que ella vaya navegando y no se dé cuenta, no hay que arruinarles el rumbo” (Manuel, pescador y dirigente del sindicato).

La pesca de altura incluye especies de gran tamaño. Los más pequeños son tiburones, azulejo y marrajo que miden entre tres a cuatro metros y pueden pesar hasta 100 kilos; el marlín puede llegar hasta 400 kilos, mientras que la albacora entre 600 y 800 kilos. Por lo tanto, su captura requiere un instrumental especializado y se rematan antes de que ingresen a la lancha para evitar cualquier accidente, diferenciando su estrategia respecto a los peces de orilla. “Cada pescado tiene distinta variedad de herramienta para atraparlo. La pesca de altura es con pura línea no más, la línea se llaman espinel; la pesca de orilla, puras redes y lienza” (Alejandro, pescador).

El sistema de pesca con espinel consiste en una cuerda gruesa horizontal o “línea madre”, de la cual se desprenden verticalmente cabos de pesca de nylon más delgados o *reinor*. Del *reinor* cuelga un cable de acero corto donde se ubican, en su extremo sumergido, los anzuelos junto con un corcho que flota cuando los animales “pican”. La cuerda gruesa se mantiene a flote mediante varias boyas que se distribuyen en todo lo largo, además se instalan banderas de color negro para distinguir la



ubicación de los corchos donde va cada uno de los anzuelos. El largo de la línea madre es relativo a la embarcación, puede ser de cinco, seis y siete millas. En el caso de la de cinco millas, cada cabo o *reinor* va separado por 20 metros o 12 brazas; mientras que el alambre de acero mide una media braza. En los anzuelos se ponen distintas carnadas que varían de acuerdo con la especie a capturar. “Para el tiburón puede ser lisa o caballa, se compra por kilo, compramos 80 a 100 kilos por viaje. De ahí se parte en cuatro partes y se le pone al tiburón. Como está la carnada con sangre, ahí llama al tiburón y esa carnada se mantiene con sal. Si hay albacora se usa una más grande” (Miguel Ángel, pescador y portero de la caleta).

Este sistema permite capturar varios peces al pasar un cardumen, ya que se instalan entre 200 a 300 anzuelos. Las lanchas van así sembrando sus líneas en la mar; luego empiezan a cosecharlas, partiendo obviamente por las primeras. “Se pesca con la línea bolleando, se tiran en distintos altos y bajos; eso queda ahí todo el día, unas doce horas al menos” (Manuel, pescador y dirigente del sindicato). Cuando un pez queda atrapado, la bandera negra que señala a cada corcho se inclina, entonces, saben qué cabos recoger con cuidado. Esta faena se efectúa sujetando la cuerda gruesa a unas poleas sobre la vara situada en la punta de la proa y atrayéndolas hacia la embarcación en movimiento por un pescador dispuesto firmemente y ayudado por sus compañeros tanto en la mecánica como en el azar de la recogida. Una vez asomado el pez, se le da uno o dos certeros golpes con un palo, se le corta la aleta y la cola para subirlo a bordo. Posteriormente, es almacenado en cámaras de frío elaboradas de madera y selladas, donde se guarda hielo escama que dura de diez a doce días; el mismo tiempo que permanecen las lanchas mar adentro.

Otra técnica que aún subsiste es la caza con lanza, un proyectil arrojado manualmente. “El arpón se tira con máquina, con motor; en cambio, la lanza es artesanal, tú mismo la tiras” (Manuel, pescador y dirigente del sindicato). Ambas modalidades, lanza y arpón, se utilizan en altamar para cazar presas grandes como ballenas, orcas, atunes gigantes o albacoras. “Antes, la pesca de la albacora con lanzas era una pesca del día, ahora es de diez días; ya mermó todo ya, ya no es como antes” (Miguel Ángel, pescador y portero de la caleta).

En Arica, la temporada de bonanza llega con la palometa, pez de aguas cálidas, entre diciembre hasta mediados de febrero o marzo. Esto depende de la Corriente del Niño, pues, al ser cálida, los peces como el atún y la palometa la siguen desde las costas del Perú. “Cuando viene la palometa hay abundancia, estamos salvados. Salimos tres, cuatro días y volvemos, descargamos, descansamos un día y salimos de nuevo, aprovechamos la temporada. De ahí se pierde, de ahí seguimos a la rutina, y que los viajes a los tiburones, que los viajes a las orillas, la corvina, la caballa, jurel” (Manuel, pescador y dirigente del sindicato). Por su parte, la albacora, que es “de otras aguas”, tiene su temporada entre abril y septiembre.

Las lanchas también realizan la pesca de bacalao que abre su veda por apenas 18 días durante los meses de noviembre o diciembre. Este pez es bien apetecido en el mercado y constituye uno de los mejores negocios en el oficio artesanal. Los pescadores esperan pacientemente el visado de la autoridad marítima para embarcarse. En ocasiones, la autorización demora en llegar y muchos pierden su oportunidad; debido a que precisan ir con las lanchas a otras pescas para así poder mantenerse económicamente.



## LA PESCA DE ORILLA

Este tipo de pesca se realiza en botes, embarcaciones menores de madera con motor que se mueven a lo largo de la franja litoral. Se dedican principalmente a tirar redes para recogerlas con sus barcas en movimiento; aunque también se efectúa en menor medida la pesca con lienza, así como técnicas de arponaje y caza con lanza desde la proa para especies más pequeñas y usando aperos distintivos. La pesca de altura y la de orilla no son oficios excluyentes, puesto que son los mismos pescadores quienes las realizan dependiendo de las temporadas. Más que diferencias internas tajantes, corresponde a prácticas estacionales.

En la actualidad, las especies más frecuentes extraídas con redes son: corvina (*Cilus gilberti*), cojinoba (*Seriola violacea*), mono (*Sarda chiliensis*), lenguado (*Paralichthys microps*), dorado (*Coryphaena hippurus*), cabrilla (*Sebastes capensis*), jurel (*Trachurus murphyi*), lisa (*Mugil cephalus*) y caballa (*Scomber japonicus*). Respecto a los horarios en que se calan las redes, nos hablan sobre “la hora prima”; cuando se despliegan por la tarde antes que caiga el sol y se recogen después de la puesta de sol, o bien al alba. Mientras el sol está arriba, “arde el agua”, con su luz se ven las redes y los peces pueden esquivarlas. Durante la recogida, se tiene especial cuidado con los lobos marinos (*Otaria flavescens*), quienes además de comerse la pesca rompen las mallas. En la orilla, el instrumental consiste en redes paralelas con mallas selectivas de seis a siete pulgadas. Con todo, la pesca resulta exigua, pues la industria pesquera ha interrumpido el eslabón de la cadena trófica de aquellas especies pelágicas que vienen a la orilla a alimentarse.

La red malla se diferencia de la red bolsa, como chinchorro, que está prohibida, porque quedan atrapado los peces chicos y agarra todo, sin distinción. Por eso se ocupa la red con malla de seis dedos porque sólo pesca a los más grandes como corvina, cojinova, mono, lenguado, y así deja pasar a los más chicos. Pero las empresas grandes usan malla de tres dedos y ahí es cuando ellos bolichean, recogen todo, no hacen una pesca selectiva y todo es para harina. Antes que los industriales se apropiaran de la costa, la pesca a pique era mucho más abundante, dejabas las redes tiradas, a pique y te despertabas al ojo a las siete de la mañana y sacabas 40, 50 corvinas al tiro. Ahora no, se saca poco y a veces. (Víctor Puñalada, pescador)

En la orilla, también se practica la pesca “a la mano” o “a la chispa”, es decir, con lienza y anzuelo, ya sea por lanzamiento o bien por mosca; también se le dice “pesca de los bacanes” a dichas labores con el pejerrey: “una vez que el pez toma la lienza, se está andando un rato y luego descansa para recién tragar, ahí hay que chispear la brisa, hay que ser hábil para saber el momento preciso de hacerlo” (Mario, pescador). Los pescadores de la caleta dedicados a este oficio, quienes reciben el nombre de “chisperos”, son pocos dada su baja eficiencia y retorno económico. Se trata, pues, de una actividad sin fines de lucro destinada al autoconsumo o de carácter recreativo. La lienza se compone de dos partes; la más gruesa y superior se denomina brisa, cuyo grosor depende de la fuerza y el tamaño del pez a capturar, así como “de la mano y gusto del pescador”, la cual se enrolla en un carrete (de madera o plástico) que se toma manualmente; la parte inferior se llama filamento, un hilo de nylon más delgado que depende igualmente de la especie a pescar. Finalmente, en el extremo distal se encuentra el anzuelo y una mosca de color fosforescente plástico; para peces grandes como el mono o el dorado se utilizan anzuelos número tres, para aquellos más pequeños como jureles o caballas les corresponden números de diez a doce.



### **BUCEO, CAZA SUBMARINA Y RECOLECCIÓN**

La extracción de moluscos y caza submarina realizada por buceo es una práctica vigente hasta hoy y que se reconoce para individuos provenientes de contextos tan tempranos como aquellos adscritos al Complejo Chinchorro (Standen, 1997). Esta actividad ha sido identificada en tiempos antiguos, entre otras cosas, a partir de patologías como la exostosis auditiva, generada principalmente por otitis crónicas producto de la inmersión prolongada que se efectúa de manera recurrente (Standen et al., 1995). Los trabajadores de la caleta, sobre todo aquellos con más años de experiencia, denotan cierto sentido de continuidad siconatural y honda profundidad temporal en sus quehaceres cotidianos:

La mayoría de los buzos antiguos, todos empezamos en la playa y por ende hacíamos lo mismo que hacían las culturas ancestrales, recolectar, mariscar, por encima de las piedras, bucear en apnea. Eso ahora lo hacemos con equipo. Antiguamente ellos lo hacían, digamos así, en forma natural sin máscaras, sin traje térmico, sin herramientas de fierro ni propulsión a motor. Nosotros ahora lo hacemos con equipo, pero prácticamente hacemos lo mismo. (Emiliano, buzo de apnea)

En la Caleta de Arica se desarrollan dos modalidades principales de buceo. La primera corresponde al tipo *hooka* o con compresor de aire, en el cual el usuario respira a través de un generador de embudos de aire conectado mediante una manguera al respirador dispuesto en la boca del buceador. Hoy, es la más utilizada por quienes trabajan en las caletas, ya que permite descender con autonomía a mayores profundidades y permanecer más tiempo sumergido en el agua. La segunda modalidad es el buceo por apnea o *resollo*, de carácter tradicional, que consiste en aquella inmersión que se realiza a pulmón, aguantando la respiración. Dicha práctica se ancla en estas costas desde períodos arcaicos, si bien en nuestros días posee un equipamiento distinto y se relaciona con escalas siconaturales cada vez mayores.

En general, no se baja más allá de 25 metros, siendo la cota promedio entre 15 a 20 metros. Considerando el frío subacuático, es importante utilizar el traje más grueso. Los buzos avezados permanecen en el agua alrededor de 2 a 4 horas “saliendo un ratito, unos 15 minutos”, para luego trasladarse a un nuevo lugar y seguir por otras 4 a 6 horas más. Sin embargo, con un traje delgado “no se dura ni media hora”:

Pero hay que tener cuidado con el mal de presión. El exceso de tiempo a una profundidad mayor de 20 metros es letal, el cuerpo revienta en sangre por nariz y ojos. Reventar oídos es bien común entre los buzos, incluso a cinco metros, por ejemplo, si uno está resfriado. Por eso muchos terminan enfermos si no se cuidan y con problemas de sordera. (Hernán, buzo cazador y pintor)

Además, se distingue entre el buzo de orilla o mariscador y el cazador o pescador submarino. Ambos poseen estrategias respectivas que se orientan a la captura de especies diferentes con etologías y hábitat particulares. Entre los buzos de apnea, se resaltan los tiempos de inmersión implicados. “El que marisca generalmente por la orilla, ése está entre el minuto, minuto veinte; el que se dedica más a puro mariscar, el que no baja más de ocho, diez metros. Ahora, el que hace pesca submarina,



como va más profundo, de por sí desarrolla una mayor apnea, de un minuto veinte hacia arriba, generalmente un minuto cincuenta, dos minutos” (Emiliano, buzo de apnea).

La selección de las zonas idóneas para el buceo se basa en un profundo conocimiento del maritorio, experiencias y experimentaciones que son traspasadas de una generación a la siguiente: “se va transmitiendo de uno a otro, de los antiguos a los más nuevos” (Hernán, buzo cazador y pintor). Implica considerar disposiciones diversas en el paisaje densamente pormenorizado y percibido, como la coloración del agua y el grado de traslucidez que se vinculan directamente con la visibilidad bajo el agua; así como la temperatura del fondo marino, afectada por la irradiación solar, se liga con la dirección del nado de los cardúmenes.

Las zonas de buceo se planifican según espacios vitales y comportamientos de las especies que se pretende capturar. El determinar las condiciones de la mar es vital para un buzo, no sólo en términos de una mayor visibilidad y probable abundancia de pesca, sino puesto que la búsqueda de aguas claras, es decir, tranquilas y seguras, además conlleva riesgos menores. Con todo, la espiritualidad está siempre presente en las conexiones y vínculos entablados; este tipo de comunicaciones y relaciones conceptuales entre distintos grupos de existentes en el maritorio, les dan fuerza y aliento tanto a buzos como pescadores.

Mientras en la orilla se recolecta loco (*Concholepas concholepas*), locate (*Thais chocolata*), lapa (*Fissurella* sp.) y choro (*Choromytilus chorus*); por buceo pueden sacarse pulpos (*Octopus mimus*), almejas (*Protothaca* sp), piure (*Pyura chilensis*), jaibas (*Callinectes sapidus*) y erizos (*Loxechinus albus*). Por caza submarina se consigue tomoyo (*Labrisomus philippii*), pintacha o bilagay (*Cheilodactylus variegatus*), congrio (*Genypterus* sp.), lenguado (*Paralichthys microps*), mulata (*Graus nigra*) y acha (*Kyphosus analogus*), cuya etología solo hace posible obtenerla mediante caza submarina en apnea: “habita solamente en sectores donde hay quebrazón de oleaje y hay roqueríos, porque necesita mucho oxígeno, él vive en las rocas y se protege de los depredadores” (Hernán, buzo cazador y pintor).

En cuanto al instrumental de caza submarina se utiliza un arpón, el cual ha ido modificándose a lo largo de los años. “Antes era un arpón de madera, un arpón de fibra de vidrio. Ahora tenemos dos tipos de arpón: uno que tiene aire comprimido que tú lo llenas con aire de un bombín y hay otro que es con un elástico. Los dos son buenos, porque uno pega al tiro con fuerza. El de aire comprimido es igual que un fusil rifle que, en vez de salir una bala, sale el proyectil” (Cristián, buzo cazador submarino). Esta herramienta sirve para la caza de especies como pistacha, tomoyo y acha.

El buzo por apnea, en tanto, se concentra generalmente en la orilla, siendo en la actualidad los productos de recolección más comunes el pulpo, la almeja y el piure. Para la extracción por *resollo* se incorporan mallas o *chinguillos* que se llevan atados a la cintura junto con fierros modificados que se manejan a modo de palancas o garfios. Estos últimos son denominados pulperos, chopes, ganchos, garras o perras, según cómo se manejen y con qué tipo de especies se utilicen. Estas herramientas diferenciadas son confeccionadas por los mismos mariscadores de acuerdo con su gusto y comodidad, “a la pinta tuya, hay quienes usan así de largas y otros así de chiquititas” (Antonio, buzo mariscador).

Los fierros pulperos son “un fierrito, tipo garfio”. Respecto a las temporadas de extracción, “no hay una época en que salga más pulpo, sino que la mar cuando está mala, se mueve y arroja pulpo más



a la orilla, y cuando la mar se queda calma aprovechamos de ir a bucear para sacar pulpo”. Los chopos son fierros utilizados a modo de palanca para sacar moluscos que se adhieren a los roqueríos del litoral como la lapa, el loco, el locate y equinodermos como el erizo. Las almejas se sacan de bancos arenosos con ganchos. La garra o perra es una herramienta de fierro con punta tipo paleta o aplastada, con la cual también extraen lapa, así como piure y choro zapato que se hallan generalmente en las playas rocosas, hasta a 15 metros de profundidad. Los gastrópodos, mientras no se percatan de la presencia del buzo, se encuentran comiendo sin aferrarse.

Hay que saber sacar almejas; están enterradas y si uno no sabe, saca las piedras y se entierran más, usted las toca y se entierran más. Lo mismo el loco y la lapa, hay que saber sacarlos antes que reaccionen, sino se pegan para siempre. Cuando salimos cargados, cintura al suelo, el chinguillo amarrado a la cintura hasta el suelo llega. (Cristián, buzo cazador submarino).

El trabajo de buzo es una actividad que cuando se realiza en la orilla puede ser ejecutada en solitario, en cambio, cuando se hace en bote es frecuente que haya dos o más personas. Antes había mayor abundancia y diversidad, esta disminución ha sido paliada mediante el uso de embarcaciones a motor y hielo escama para conservar las especies extraídas; lo cual permite acceder a distancias mayores que aquellas sorteadas a nado, además de cargar un mayor volumen y peso. En general, se va por el día a sectores alejados y el viaje demora de media a una hora; cuando la mar está mala se navega hacia las caletas menos concurridas del sur, a Vitor y Punta Camarones que son zonas reconocidas de buceo y permanecen allí de tres a cuatro días.

### PAISAJES EXISTENTES Y MEMORIAS

La vida transcurre con pormenorizada intensidad a lo largo del litoral y los paisajes del fondo marino. Al igual que las topografías terrestres, denotan ríos, cerros, afloramientos rocosos, quebradas, hondonadas, cuevas y bosques de algas que tienen en el océano sus rasgos particulares. El maritorio conjuga ámbitos costeros y de altamar que entretajan la franja terrestre con sus intermediaciones entre múltiples modos de vinculación. En esta zona desembocan varios ríos que descienden desde la cordillera y se integran en las corrientes del océano con sus respectivas disposiciones. Además de las corrientes del Ecuador que son cálidas y llegan hasta adentro del Pacífico, está la corriente de Humboldt que es fría y resulta ser la más favorable para la vida marina. “Esta corriente forma verdaderos ríos de agua dulce que no se mezclan y van por todo el océano desde la Antártica hasta los Galápagos. Es una corriente helada que se combina con las corrientes cálidas, llegando hasta 18° que es la temperatura donde se cría la mayoría de las especies” (Hernán, buzo cazador y pintor).

Al mismo tiempo, la mar está surcada por diferentes “aguajes”. Hay aguas verdes esmeralda y azules turquesa, con buena visibilidad y temperaturas más cálidas, pues el sol penetra con facilidad y los peces gustan de regodearse en estas aguas templadas. Existen otras blanquecinas o pálidas que son turbias y muy frías donde el sol no logra irradiar ni temperar. “Tú pasas de un agua clara azul o verde y al otro lado hay agua café o hay agua blanca, es como meterse a enfriarse al refrigerador, totalmente helado. Eso hace que el pez que venía del sur hacia el norte, por ejemplo, se encontró con esa agua, se desvía y va a entrar en otro lado, no va a traspasar esa agua tan helada” (Hernán, buzo cazador y pintor).





Los cambios climáticos suceden con mayor frecuencia y el Fenómeno del Niño se caracteriza por episodios más intensos con dramáticas consecuencias. Esto ha ido transformando paisajes y existentes tanto de maritorios como de territorios.

El Niño es como un ácido que come y mata todo, la temperatura de las aguas llega a 23°. Los peces en la orilla quedan ciegos, el piure queda como ceniza o costrones de barro, las estrellas marinas igual y se cubren como con telarañas, a los huiros se le caen las hojas y se desintegran. En el año 80 y 81 fue bien fuerte y desapareció todo, fueron años terribles para todos. Después, llegaron especies de aguas más cálidas, como tiburones, tortugas, palometas, de 21° para arriba, llegaron también aguas vivas [medusas]. El 98 y el 2000 el Niño también pegó fuerte; trajo mucho relave y restos agrícolas que vino a parar a la mar. Con las bajadas del río Lluta se acabaron las machas que se crían de manera preferente en las llegadas de agua dulce, cerca de las desembocaduras de río; en los valles se terminaron los camarones de río. Cuando el Niño es fuerte, hay sequía donde debe haber lluvia y lluvia en lugares que son secos. Se producen hambrunas que afectan por igual a pescadores y agricultores (Hernán, buzo cazador y pintor).

Las clasificaciones entre especies se relacionan con el hábitat marino más representativo, en detrimento de su forma o tamaño que son igualmente puntualizadas, pero a partir de ciertas categorías relacionales. Se distinguen peces de orilla (chalaco, pejesapo, tomollo, caballa, lisa, mono, acha, bilagay), peces de costa (lenguado, mantarraya, bagle, tollo, sargo, acha, congrio, pejerrey, jurel, dorado) y peces de altura (albacora, bacalao, palometa, tiburón, atún, anchoa, blanquillo, marrajo); algunos habitan en arenales (lenguado, congrio), en plena quebrazón (sargo, acha), entre roqueríos o bajo la sombra de las algas (cabrilla, tollo), otros surcan las aguas profundas. También se despliegan taxonomías entre especies residentes (mono, lisa, caballa, acha) y que a veces se ausentan (dorado, pejerrey), de otras más bien estacionales (bacalao, palometa) o migratorias “que vienen de afuera” (corvina).

Con todo, “son las temperaturas las que hacen juntarse a los peces” (Mario, pescador). Aunque la experiencia y la destreza de artesanos y artesanas de la mar les habilitan para entender las modulaciones propias de cada existente. Como la corvina que es de agua más o menos cálida a veces llega a la orilla y también se va mar adentro; o el jurel que nada en ámbitos costeros y en ocasiones se encuentra en alta mar, la anchoa viceversa; o cuando las ballenas se acercan a la orilla y los botes navegan conscientes de su compañía; o admirar la destreza extraordinaria del pulpo a la vez que agradecer su captura. Las gentes que se crían en la mar, no sólo exhiben un conocimiento detallado del entorno, sino que expresan sensorialidades múltiples y afectos abigarrados:

A veces dicen, para burlarse de alguien, que habla puras cabezas de pescado. O dicen que el animal actúa sólo por instinto. Pero los animales marinos tienen unión y observación que da cuenta de una inteligencia propia que nosotros no sabemos interpretar. Por ejemplo, colonias y cardúmenes de peces chicos forman la figura de un pez grande para defenderse y se van cambiando las posiciones de peligro. Otro caso es el pulpo, conocido como el ingeniero del mar. El macho hace su cueva entre grietas o aberturas que tienen formas diferentes; el pulpo busca las piedras exactas para hacerle una entrada, también deja conchitas ahí, probablemente para adornar su cueva y así seducir a las hembras. La pulpa entra en celo y llegan varios machos. La pulpa deposita sus huevos en la cueva que más le



gusta y la tapa cuidadosamente con piedrecitas, casi como cemento queda; deja un puro hoyito nomás. Ella se infla y echa el agua para darles oxígeno; ella queda casi anoréxica cuando las crías están ya formadas. El pulpo toma los colores de la naturaleza que él quiere y también su forma, puede transformarse en lenguado, en serpiente marina, en como búho, en otros peces. La hembra es más pequeña y más blanda. (Hernán, buzo cazador y pintor)

La actividad industrial de sobreexplotación o “depredación total” es un factor detonante en la significativa merma de biodiversidad. Lo cual ha amplificado a escalas cada vez mayores el impacto destructivo de las continuas transformaciones climáticas y sociales en el maritorio. Antes que se instalaran las pesqueras cerca del sector El Hueso, había gran abundancia en todo el litoral, “tanto congrio y corvina, lenguados hasta de metro y medio; además se regalaba, hasta se botaba de tanto que había”. También se ocupaban comúnmente las técnicas para salar pescado y hacer charqui seco, “era bien típico vender pescado salado y ahumado; algunos iban a los valles a vender, hasta fresco se llevaba” (Mario, pescador).

Dentro de las especies que se recolectan, otrora aún más plétóricas, ya sea por buceo o desde la orilla, destacan lapa, piure, erizo y pulpo por su mayor disponibilidad. También hay almejas, ostiones y machas en los sectores planos arenosos; nunca en mar abierto. Su salida depende de los respectivos períodos de veda, igual que el loco. Sin embargo, este último tiene el mismo hábitat que piure, choro zapato, lapa y locote, criándose en las playas rocosas.

Desde hace varios años se han realizado experimentaciones para criar moluscos a través de lienzas sumergidas, donde son colocados mediante diversos programas estatales y organismos multisectoriales. Aún continúa vigente el intento con ostiones que “están como sembrados” en una poza cerca del puerto, pero aún no se consolida la experiencia pues “cualquiera con un traje puede ir a sacarlos”. Al respecto, se requiere mayor trabajo e inversión para cuidar la siembra y atender sus necesidades, “criar moluscos significa un proceso lento y hay que crear conciencia en la gente” (Mario, pescador).

Las algas también se aprovechan. Incluso, se comenta que “el huiro se siembra” y es sobre todo abundante en Pisagua, formando verdaderos bosques en los paisajes submarinos. Por otra parte, cuando las algas proliferan demasiado, no hay peces; entonces, se controla su crecimiento y se propicia su “cosecha selectiva”. Tras ser colectados o talados desde la mar, se dejan secar al sol durante unos días en roqueríos o en la arena, lo cual facilita su manipulación y transporte posterior. Se les consume como alimento que tiene connotadas aptitudes nutricionales, sobre todo en cuanto a vitaminas y minerales; antes de cocinarlo se sumerge en agua, o bien se muele y es añadido como harina o espesante en sopas. Asimismo, entre los habitantes del litoral en Quillagua y alrededores todavía se maneja la ceniza de algas como argamasa en sus construcciones (Castro et al., 2016; Urbina et al., 2011).

De acuerdo con el registro arqueológico en Caleta Huelén, durante el período Arcaico Tardío fue común la utilización de algas para la producción de argamasa, resultante de la mezcla entre arena, agua de mar y cenizas, con la que se rellenaron los muros rocosos de los sitios habitacionales costeros, así como se sellaron los pisos de enterratorios (Power et al., 2020, Sitzia et al., 2023). Además de los procedimientos constructivos, se han documentado usos de las algas, ya sea en estado fresco o seco, a partir de diversas expresiones de la vida social relativas a preferencias



culinarias, repertorios medicinales, ajuares funerarios, forraje para animales, abono de cultivos y tinturas para textiles (Castro et al., 2016).

Los lobos marinos tienen un rol protagónico en los quehaceres de la vida costera. Antaño, su caza era un rubro especializado y llegó a ser especie en peligro de extinción durante el siglo XIX, cuando era capturado para obtener su piel, grasa y carne. Hasta hace unas décadas se hacían cecinas y sus genitales eran exportados como afrodisíaco a países asiáticos. En Arica era común ir a las cuevas a cazar lobos; estas actividades fueron prohibidas por la Ley de Pesca y Acuicultura para proteger a la especie de una caza indiscriminada. Aunque, actualmente, se nota su proliferación. En ocasiones, son tratados como un animal dañino para los pescadores, aunque sobre todo se les reconoce su astucia y capacidad para entablar relaciones beneficiosas a partir del ajetreo con los humanos.

En la Caleta de Arica su presencia es insoslayable y los lobos marinos permanecen atentos a las faenas de limpieza de pescados para aprovechar los desperdicios que se tiran al agua. En la mar, los “lobitos saltarines” se encaraman a boyas y espineles, o bien aguardan escondidos hasta la recogida de redes y líneas para asaltar la pesca. “Lo malo es que hacen tira las redes y se quedan con todo el trabajo de una jornada. Pero como se trata de una especie protegida, como el delfín y las tortugas, no se puede ahora matarlos. Cuando se los cazaba estaban más controlados” (Mario, pescador).

Antes se hacían cecinas de lobo marino. Cuando el lobo está hambreado se come los pelícanos. Antes, la gente también comía pelícanos, hasta pingüino comían si no había nada que echar al buche; también pata de yunque, pato lila, cormorán, albatros. Harto pajarito se come; huevos de gaviota también comíamos. Uno en la mar tiene de todo para aprovechar. El aceite de tortuga se usa para las cicatrices; el aceite de lobo marino es buena fríega para la artritis y resulta un excelente tonificante si se lo consume. Además, se pueden hacer artesanías con pluma y huesos. (Yugliano, pescador y dueño de lanchas)

Respecto a los pájaros, se consume ocasionalmente su carne, se colectan huevos y se siguen usando sus plumajes para diversos fines ornamentales. A lo largo del litoral aparecen con recurrencia pelícanos, gaviotas, garumas, gaviotín monja, guairavos, zarapito, jotes o gallinazos, pilpilén, churretes y playeros; junto con las aves guaneras pato yeco, piquero y guanay que retrotraen a densas y profundas memorias relacionales con pueblos y lugares del interior. El mismo conocimiento y afectividad que se tiene de la fauna marina, también se exhibe en relación con las aves que deambulan en la costa y sus proximidades. Así, los pelícanos “son al revés de los hombres”; su cabeza blanca muestra a individuos más jóvenes, en cambio, mientras más negras sean las plumas, mayor es su edad. El guairavo, cuyos machos y hembras están bien diferenciados, pueden llegar a domesticarse; en la caleta algunos permanecen cerca de los lobos y comparten el escenario a la espera de lo que tiran o es descartado por los pescadores. “El pilpilén es ave monógama. Cuando se entra es que la marea va a estar mala; se retira para salvarse y después se encuentran” (Víctor Puñalada, pescador).

Paralelo a las remembranzas de antaño que aluden a cuando se llevaba desde la caleta pescado fresco, salado o charqueado, hasta valles y quebradas, también se cuenta de cuando venían los habitantes del interior a colectar el guano de aves depositado en los roqueríos del litoral para abonar sus campos agrícolas y frutales. Hasta 1970 todavía llegaban a Anzota, al sur de la caleta, “indios guaneros” provenientes de los pueblos de Socoroma, Belén, Codpa y Ticnamar; venían con sus recuas de mulas y cargaban cientos de sacos (Muñoz et al., 2016; Santoro et al., 2004). Se trataba



de viajes periódicos que eran realizados de manera coordinada y siguiendo prácticas tradicionales de larga data en la interacción con gentes y paisajes costeros. Cada grupo se instalaba con sus propios campamentos ubicados en determinados lugares arriba del farellón costero y bajaban a la playa por varios días seguidos para aprovisionarse de la carga necesaria.

Se tiene similares noticias respecto a Pisagua y sus alrededores, donde bajaban a buscar el guano las poblaciones agricultoras de las quebradas de Soga, Camiña y Nama. Incluso se rememoran los recorridos anuales que realizaban los caciques altiplánicos de Isluga para proveerse de agua de mar con la que oficiaban abluciones y libaciones relativas a la investidura de su cargo (Urrutia, 2024). Al respecto, el agua de mar era también un elemento ritual indispensable durante las rogativas de lluvia efectuadas en los cerros tutelares de la sierra (Castro y Varela, 1992; Urrutia y Uribe, 2021). Este intenso traqueteo entre la costa y el interior se evidencia en los caminos zigzagueantes que bordean los faldeos enclavados a los pies de la mar. La explotación del guano de aves fue un recurso clave para la economía regional durante la época colonial tardía y republicana temprana, marcando finales del siglo XVIII y todo el XIX (Hidalgo, 2004). Así, la memoria histórica sobre los tiempos del guano y del salitre, se combina con las huellas profundas de períodos prehispánicos, sus transformaciones y modulaciones sucesivas.

A comienzos de nuestra era, el guano de aves fue un precioso fertilizante utilizado por poblaciones agricultoras de valles y quebradas (Santana-Sagredo et al., 2021). Los grupos chinchorros de momentos arcaicos, sus momias y primeras vinculaciones con el entorno siconatural costero (Standen et al., 1995); dieron paso, a lo largo de milenios, a desarrollos regionales engarzados en momentos formativos que consolidaron sus propias formaciones agromarítimas y agropastoriles (Agüero y Uribe, 2015; Muñoz et al., 2016; Santana-Sagredo et al., 2021; Santoro et al., 2004). Dichos procesos locales, entronizados a nivel regional de forma descentralizada, se orquestaron a partir de experiencias y experimentaciones que fueron entretejiendo las relacionalidades entre paisajes y existentes tanto costeros como del interior. Según la documentación etnohistórica, las poblaciones involucradas se referían como *camanchacas*, especializados en la pesca, caza y recolección marina, en integración con *coles* o comunidades agricultoras de los valles bajos (Hidalgo, 2004; Rostworowski, 1986).

Las tupidas voces y presencias de un pasado remoto, cuyo conocimiento experto ha venido siendo cada vez más difundido y se ha instalado en los circuitos públicos como seña identitaria a la vez que enganche turístico, permea el discurrir actual de hombres y mujeres de la mar, conectando múltiples maneras en que se recrean vivencias y vínculos similares de otros lugares y períodos. Los paisajes costeros se desgranar en memorias materiales e historias culturales de largo aliento, sin trazar necesariamente una linealidad que vaya de lo simple a lo complejo, mientras que su riqueza expresiva trasciende hasta el día de hoy (Castro, 2002). Así, el sentido de historicidad va intercambiando tiempos y espacios de acuerdo con ciertos principios de clasificación entre diferentes existentes y acontecimientos (Latour, 2007). Si las taxonomías de toda índole son relacionales (Medrano, 2022), se obtienen ordenamientos heterogéneos y en permanente reconexión del modo de vida costero que abrevan las personas de la caleta.



## LENGUAJES POLÍTICOS Y CONFLICTOS CONTEMPORÁNEOS

Tras los derroteros de la Guerra del Pacífico (1879-1884) y luego del Tratado de 1929 con Perú, las regiones de Arica, Tarapacá y Antofagasta pasaron a formar parte del territorio chileno; mientras que de Tacna hacia el norte quedó bajo la soberanía peruana y la frontera boliviana se replegó desde el altiplano. “Tacna y Arica se consideran ciudades hermanas” (Gonzalo, pescador). Conforme a las negociaciones ulteriores, el Puerto de Arica incluye muelles exclusivos para los trajines tanto del Perú como de Bolivia. Actualmente, el 85% de la carga que aquí se mueve es boliviana; asimismo, dicho país posee un terminal petrolero desde donde se comercializa el crudo que es transportado en un oleoducto bajo tierra desde Tarija hasta Arica.

Según la información recabada entre buzos y pescadores, la caleta artesanal se constituyó alrededor de 1932, unos pocos años después del Tratado con Perú. Por su parte, los sindicatos se formalizaron a partir de 1939 y durante 1942 obtuvieron la personalidad jurídica, no obstante, hasta el día de hoy no cuentan con la propiedad del lugar. La parte chilena del puerto fue privatizada en la década de 1990 bajo la figura legal de CORPESCA. En este contexto, tener un espacio propio con derechos reconocidos constituye una demanda histórica que está siendo negociada actualmente con el gobierno regional. Máxime, cuando se está discutiendo la financiación de un proyecto para ampliar las dependencias del puerto y sería necesario buscar otro sitio para la nueva caleta.

Existe una percepción generalizada sobre cómo la actividad indiscriminada de la pesca industrial ha provocado graves deterioros en el entorno socionatural y agotamiento de la fauna marina; cuestión que en la actualidad posee ribetes críticos al combinarse con cambios climáticos cada vez más recurrentes y severos. Esto, sumado a lineamientos hegemónicos en la economía política, donde las formas artesanales son relegadas a la marginalia de lo no-industrial, generan el sentimiento colectivo de que sus oficios peligran de caer en desuso debido a que no sintonizan con los intereses dominantes del estado y el capital: “nosotros no les servimos, estamos molestando” (Miguel Ángel Salas, pescador y portero de la caleta); “no hay factor de renovación, nadie quiere venir a trabajar a la mar, ni como pescador ni como buzo, porque esta cuestión está muriendo, la pesca industrial nos está absorbiendo” (Emiliano, buzo de apnea); “si no damos la pelea, esto va a durar poco” (Gonzalo, pescador).

Al día de hoy, CORPESCA tiene alrededor de 150 barcos que suman una capacidad total de 7.500 toneladas. Se dedica principalmente a la producción y el comercio de harina de pescado elaborada mayormente de anchoas, atunes y jureles, más todo lo que arrastra en sus enormes redes. En ocasiones que la mar está mala y los barcos no pueden salir, la empresa se aprovisiona a partir de la pesca artesanal obtenida por lanchas u otras embarcaciones de la caleta. Varios pescadores y buzos han trabajado alguna vez para las pesqueras, incluso detentando cargos de cierta responsabilidad como contra maestres; otros desempeñan diversas funciones en el puerto, ya sea en gestiones administrativas o de intermediación con los sindicatos.

Todos quienes realizan el oficio artesanal están agrupados en algunos de los tres sindicatos; desde allí se articulan tanto propuestas como acciones colectivas para definir y defender sus ámbitos de experiencia. Hoy, las demandas más significativas tienen relación con un reconocimiento legal en torno al lugar de la caleta e inversiones en su infraestructura; junto con exigencias persistentes para que las pesqueras respeten los espacios exclusivos del rubro artesanal. Nuestro terreno coincidió



con momentos de agitación y organización de protestas a nivel nacional, detonadas a partir de las vergonzosas irregularidades incurridas en la polémica Ley de Pesca y Acuicultura. Esta situación se concreta el último día de nuestra estadía, por tanto, pudimos interiorizarnos sobre sus propias perspectivas y controversias en el contexto de un conflicto patente con el estado y las pesqueras.

El paro nacional es porque los políticos hacen la ley a la pinta de los empresarios. Más encima, las pesqueras están sacando dentro de las millas que son sólo de los artesanales [...] Ahora hay desorden. Como los barcos pesqueros se metieron en las millas donde las lanchas grandes sacaban cojinoba, ya no les quedó y se vinieron a los monos. Les sacaron todos los monos a los pobres boteros las lanchas. Los botes no son de orilla, la orilla es de rana. Ellos no deberían estar aquí; igual que las lanchas que son de más adentro. (Camilo, buzo)

De parte de buzos y pescadores se percibe el acoso de las empresas y lo destructivo de sus técnicas, así como también se siente la falta de apoyo del estado para generar y hacer cumplir normativas que resguarden el ámbito de las prácticas y potencialidades artesanales. Ahora bien, tales amenazas y falencias también se advierten introyectadas en la praxis de los artesanales; lo cual incorpora no sólo una necesaria autocrítica en relación al manejo que a veces sigue lógicas de indiscriminada explotación, sino que también explora las posibilidades para prosperar a partir de la experiencia colectiva.

Además de quienes son ariqueños netos y/o pertenecen a familias dedicadas por generaciones a la mar, en la caleta también se destacan expertos y conocedores que llegaron de otros lugares y se integraron con destreza al ajeteo de la vida costera. Dentro de estos últimos, algunos provienen del interior de la región; entre unos y otros se bromean cariñosamente en tanto “lobos” y “burros”. Los primeros resaltan las obvias alusiones al hábitat marino de tales pinnípedos, a la vez que los segundos connotan las recuas de dichos animales que bajaban desde los pueblos agrícolas y ganaderos para aprovisionarse de ciertos recursos; mientras se propiciaba el intercambio de los productos propios de cada paisaje y la interacción de los distintos grupos asociados. Igualmente, en la caleta hay varios mayores considerados especialistas que arribaron tempranamente desde Ovalle y otras ciudades más al sur, ya sea por el servicio militar obligatorio o atraídos por las oportunidades económicas y laborales durante los tiempos de la Junta de Adelanto en Arica.

Las vivencias son heterogéneas a la par que derrochan familiaridad; las personas reciben motes y apodos que retratan sus peculiaridades dentro de la colectividad. Se aprecia cómo se enarbolan formas sociales de acción y vinculación compartidas, al mismo tiempo que se establecen formas conceptuales e ideas que organizan su experiencia social en el mundo. La relacionalidad con otros grupos, comúnmente entendida conforme nacionalismos, etnicidades e indigeneidades, trasunta sus propias clasificaciones relacionales que permiten enriquecer los postulados sobre el pasado y tensionar los regímenes de alteridad fijados por el estado y/o el capital.

En la medida que se vivencia un modo costero distintivo, sostenido a partir de modelos consuetudinarios (Skewes et al., 2012), existe una alta valoración de los oficios que realizan sus símiles en el Perú. Se les reconoce detentando mayor experticia y como herederos de conocimientos milenarios, siendo especialmente avezados en adaptarse a los cambios climáticos: “los peruanos tienen técnicas más avanzadas y son capos combinando experiencia y observación” (Mario, pescador); “se van a la mar por más tiempo, saben más cosas y hacen mejor” (Gonzalo, pescador).





Por otro lado, la referencia a los bolivianos está directamente vinculada con aquellos grupos que venían a buscar guano de ave marina para abonar sus campos de cultivos en valles y quebradas, o bien agua de mar para sus rituales, incorporando recorridos periódicos de toda índole para intercambiar y abastecerse en Arica.

Así, se entrelazan memorias ancestrales con relatos estatales. Con el decir de los bolivianos se evocan las tradiciones andinas de larga data en los pueblos al interior de ciudades costeras, chilenizadas a lo largo del siglo pasado; e involucrando tanto personas del altiplano como habitantes de quebradas y valles, agrupados mayoritariamente en comunidades aymaras y algunas quechuas, con amplia presencia de familias chipaya y aymara provenientes del Departamento de Oruro en Bolivia. Estos pueblos y el trajinar de sus habitantes han ido articulando los paisajes agrícolas de la sierra con aquellos pastoriles de la puna, otrora dicho entramado se conectaba con mayor densidad y fluidez con las tierras bajas y los paisajes costeros. Por su parte, el alto reconocimiento que ostentan “los peruanos” está vinculado, a veces explícita otras implícitamente, a antiguas genealogías que les conectan con los desarrollos en la navegación dentro del milenar modo de vida costero y las grandes civilizaciones prehispánicas.

### EXHORTACIONES Y APERTURAS

La gente de la caleta se concibe heredera y practicante de un modo de vida artesanal que hunde sus raíces en tiempos remotos y sigue reverberando en el presente. Establecen sus propias taxonomías y analogías relacionales entre ciertas ecologías de prácticas y tecnologías sociales con sus particulares cosmopolíticas y cosmotécnicas (Stengers ,2005; Troncoso, 2010). Los aparejos de pesca y recolección se comportan de acuerdo con etologías y atributos de cada existente; así, el grosor de lienzas, el tamaño de anzuelos o arpones, la forma de chopes o ganchos están relacionados directamente con las especies que se espera capturar. Por otro lado, las metáforas agrícolas de siembra y cosecha permean las comprensiones de mundos costeros y terrestres andinos, así como proceden explicaciones distintivas sobre el estado, los nacionalismos y las identificaciones.

La amenaza de la pesca industrial involucra mayores complejidades en torno a la aplicación de formas de vinculación sustentables y la recuperación de los espacios comunitarios. La relación especular tierra-mar, a su vez, moviliza prácticas de conservación y manejo sustentable; pone en acción un carácter relacional en tanto entrelazamiento permanente de humanos y no humanos en conjuntos tanto marítimos como terrestres, interpelando mentalidades que separan lo que de otro modo está unido (Skewes et al., 2012). De tal manera, el término maritorio posee un sentido político-territorial estratégico, tanto como modo de vida campesino pescador y en cuanto a forma de soberanía a partir de lo consuetudinario, de acuerdo con diferentes intensidades de usos y cotidianidades pretéritas y actuales que futurizan su despliegue (Álvarez et al., 2018; Ther, 2011).

En tanto recurso teórico-metodológico, el maritorio nos desafía para avanzar en la comprensión de procesos territoriales que no transitan necesariamente por la vera de la apropiación y la competencia, sino que apuntan a la interacción de múltiples seres que devienen en conjunto y las variaciones de importancia desplegadas (Despret, 2022). La vinculación tierra-mar resuena con relaciones redundantes de crianza, vitales y fértiles que emergen y se plasman materialmente de



formas-fuerzas específicas, diferenciando a cada ser o conjunto de relaciones en procesos de co-indexación y co-devenir (Pazzarelli, 2022; Stengers, 2005).

Es, precisamente, en terreno cuando ponemos en acción y ventilamos nuestros equipamientos analíticos. Todo lugar se halla multisituado e intersectado por seres, tiempos y narrativas en cambio permanente, siendo el mundo material constituyente y constituido por los procesos sociales (Castro, 2016). Toda práctica entrelaza participantes, conocimientos, políticas, poéticas e instrumentales en una determinada puesta en relación que incorpora heterogeneidad y movimiento. El relato etnográfico supone una inventiva singular, basada justamente en la doble capacidad de la relación para dar nombre y articular al mismo tiempo tanto dinámicas sociales como disposiciones analíticas, donde la figura relacional opera para distinguir y enlazar al unísono (Strathern, 2014).

Escribir relacionamente implica enfrentarnos a cuestiones de clasificación y de entramado. Se proponen conexiones parciales a sabiendas que cualquier ensamble deviene provisorio al dejar fuera otras potencialidades y relacionalidades plausibles. Es preciso un trabajo de ordenamiento, donde se recalibran las distintas descripciones y exégesis, en el juego incesante entre la precisión taxonómica que da cuenta de cada actante y sus múltiples trayectorias, con la precisión para enlazar crianzas y devenires conjuntos. La mirada etnográfica tensiona los modelos de orden y clasificación abstractos, entretejiendo escalas diversas que enlazan lo particular e histórico con lo global y general para proponer narrativas de cambio y formas de vinculación alternativas.

La etnografía recoge observaciones y vivencias directas de la experiencia social en su diario despliegue, cómo se nutre del pasado y se recrean posibilidades de futuro desde un presente que distingue y entrelaza a la vez un sinnúmero de relaciones cosmopolíticas, plasmadas materialmente al tiempo que revisten poéticas e historicidades propias que multiplican los mundos y modos de ser (Despret, 2022). Lo que distingue a las exhortaciones etnográficas es la experimentación en sus formas de colaboración (Corsín-Jiménez, 2016). Así pues, la responsabilidad en torno a nuestro quehacer investigativo conlleva una demandante y desafiante ética, la de prestar atención lo más que pueda y discernir lo mejor posible una situación (Stengers, 2005). El hábito dicotómico entre teoría y praxis se desdibuja y nos conmina la puesta en relación de investigaciones que hagan florecer las diferencias y amplíen nuestros mundos.

### **AGRADECIMIENTOS**

A Victoria Castro, siempre maestra y musa inspiradora. A las personas de la caleta que con cariño y paciencia nos compartieron experiencias y testimonios, así como a los equipos de investigación de los proyectos FONDECYT 1151046 y 1221166 por enriquecedores diálogos y aventuras. Finalmente, pero de primera importancia, agradecimientos a Patricia Ayala y Mauricio Uribe por su apoyo como dedicado trabajo volcado en este volumen, junto con los contundentes aportes de las evaluaciones recibidas.



## BIBLIOGRAFÍA

- Agüero, C. y Uribe, M. (2015). Tombs and tumuli on the coast and Pampa of Tarapacá: Explaining the formative period in Northern Chile (Soth-Central Andes). En P. Eeckhout y L. Owens (Eds.), *Funerary practices and models in the ancient Andes. The return of the living death* (pp.55-68). Cambridge University Press.
- Álvarez, R., Ther-Ríos, F., Skewes, J., Hidalgo, C., Carabias, D. y García, C. (2019). Reflexiones sobre el concepto de maritorio y su relevancia para los estudios de Chiloé contemporáneo. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 36, 115-126.
- Arnold, D. (2016). Más allá de "lo andino". Repensando Tiwanaku desde las tierras bajas. *Textos Antropológicos*, 17(1), 107-130.
- Castro, V. (1988). Entrevista a un Yatiri en la localidad de Toconce, II Región, Chile. En J. Lastra y A. Hoffmann (Eds.), *Plantas medicinales de uso común en Chile* (pp.117-119). Ednes. Paesmi.
- Castro, V. (2002). Ayquina y Toconce: paisajes culturales del norte árido de Chile. En E. Mujica (Ed.), *Paisajes culturales de los Andes* (pp. 209-222). UNESCO.
- Castro, V. (2016). *Etnoarqueologías andinas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Castro, V. y Varela, C. (1994). *Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos*. FONDART, Fundación Andes.
- Castro, V., Aldunate, C., Varela, V., Olguín, L., Andrade, P., García-Albarido, F., Rubio, F., Castro, P., Maldonado, A. y Ruz, J. (2016). Ocupaciones arcaicas y probables evidencias de navegación temprana en la costa arreica de Antofagasta, Chile. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 48(4), 513-530.
- Cavalcanti-Schiell, R. (2007). Las muchas naturalezas en los Andes. *Perifèria. Revista d'investigació i formació en Antropologia*, 7(2), 1-11.
- Corsín-Jiménez, A. (2016). Auto-borradores: la antropología y la cultura diferenciándose mutuamente. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 71(1), 54-66.
- DeLanda, M. (2006). *A new philosophy of society*. Continuum.
- Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus.
- González-Ruibal, A. (2008). Time to destroy: An archaeology of supermodernity. *Current Anthropology*, 49(2), 247-279.
- Hicks, D. (2016). The return of ethnographic theory. *Anthropology Today*, 32(3), 22.
- Hidalgo, J. (2004). *Historia andina en Chile*. Universitaria.
- Katzer, L. (2018). Etnografías desérticas. Reflexiones desde una antropología del nomadismo. *Revista Temas Sociológicos*, 23, 115-145.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI Editores.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Ediciones Manantial.
- López Caballero, C. (2017). *Indígenas de la nación. Etnografía de la alteridad en México (Milpa Alta, siglos XVII-XXI)*. Fondo de Cultura Económica.
- Medrano, C. (2022). De cómo se dividen los animales y los qom. En G. Bucchiddu y F. Tola (Eds.), *Mundos relacionales amerindios* (pp.99-118). Las cuarenta.
- Muñoz, I., Agüero, C., y Valenzuela, D. (2016). Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (Eds.),



- Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas* (pp.181-237). Universitaria, Sociedad Chilena de Arqueología.
- Nahuelpán, H. (2013). Las zonas grises de las historias mapuche. Colonialismo internalizado, marginalidad y políticas de la memoria. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 17(1), 11-33.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayo de un presente en crisis*. Tinta Limón.
- Santana-Sagredo, F., Schulting, R.J., Méndez-Quiros, P., Vidal-Elgueta, A. Uribe, M., Loyola, R., Maturana-Fernández, A., Díaz, F.P., Latorre, C. y McRostie, V.B. (2021). 'White gold' guano fertilizer drove agricultural intensification in the Atacama Desert from AD 1000. *Nature Plants*, 7(2), 152-158.
- Santoro, C., Romero, A., Standen, V. y Torres, A. (2004). Continuidad y cambio en las comunidades locales, Períodos Intermedio Tardío y Tardío, Valles Occidentales del Área Centro Sur Andina. *Chungara. Revista de Antropología Chilena, Volumen Especial*, 1, 235-247.
- Skewes, J., Alvarez, R. y Navarro, M. (2012). Usos consuetudinarios, conflictos actuales y posibilidades de conservación en el borde costero de Chiloé insular. *Revista Magallania*, 40(1), 107-123.
- Standen, V., Arriaza, B. y Santoro, C. (1995). Una hipótesis ambiental para un marcador óseo: La exostosis auditiva externa en las poblaciones humanas prehistóricas del desierto del norte de Chile. *Chungara*, 27(2), 99-116.
- Standen, V. (1997). Temprana complejidad funeraria de la Cultura Chinchorro (Norte de Chile). *Latin American Antiquity*, 8(2), 134-156.
- Stengers, I. (2005). Introductory Notes on an Ecology of Practices. *Cultural Studies Review*, 11(1), 183-196.
- Stengers, I. (2014). La propuesta cosmopolítica. *Revista Pléyade*, 14, 17-41.
- Strathern, M. (2014) Reading relations backwards. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 20(1), 3-19.
- Ther, F. (2011). Configuraciones del tiempo en el mar interior de Chiloé y su relación con la apropiación de los territorios marítimos. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 23, 67-80.
- Urbina, S., Adán, L., Moragas, C., Olmos, S. y Ajata, R. (2011). Arqueología de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 41, 63-96.
- Urrutia, F. (2022). Cacofonía de voces en Nama (Tarapacá, norte de Chile): caminos que andan y relaciones entrelazadas. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 51, 5-40.
- Urrutia, F. (2024). *Paisajes de chullpas en Camiña, Nama e Isluga (Tarapacá, norte de Chile): ancestros, memoria y territorio en relacionales múltiples* [Tesis de magister no publicada]. Universidad de Tarapacá.
- Urrutia, F. y Uribe, M. (2021). Memorias del agua en Camiña (Tarapacá, norte de Chile): andinidades, defensas ancestrales y retóricas de colonialidad. *Revista Chilena de Antropología*, 43, 59-79.
- Villagrán, C. y Castro, V. (2004). *Ciencia indígena de los Andes del norte de Chile*. Universitaria.

Recibido el 6 Mar 2024

Aceptado el 23 Jul 2024